

Estudiar literatura en tiempos de odio y sobrevivir en el intento (Studying Literature in Times of Hatred and Not Die Trying)

MARTÍN SÁNCHEZ CAMARGO, *Universidad de las Américas en Puebla, Puebla, México*

Volumen 2, número 1

Junio 2017

p. 222-232

Este número se publicó el 30 de junio de 2017


ISSN: 2448-5942, doi: <https://doi.org/10.36799/el.v2i1.66>

Conferencia presentada en el
VII Congreso Internacional de Investigación en
Didáctica de la Lengua y la Literatura y
IX Foro Nacional sobre la enseñanza de la Literatura
“Josefina de Ávila Cervantes”. Evento organizado por el Departamento de Letras y Lingüística de la
Universidad de Sonora y El Colegio de Bachilleres del Estado de Sonora.
Hermosillo, Sonora, México., del 2 al 4 de noviembre de 2016.

Cómo citar:

Sánchez Camargo, M. (2017). Estudiar literatura en tiempos de odio y sobrevivir en el intento. *Estudios lambda. Teoría y práctica de la didáctica en lengua y literatura.* , 2(1), 222-232. <https://doi.org/10.36799/el.v2i1.66>

Derechos de autor: El autor o autores conservan en todo momento sus derechos morales y patrimoniales sobre la obra; la obra no se puede alterar, transformar o ampliar; siempre debe reconocerse la autoría del documento referido. Ninguna de las modalidades de los documentos publicados en *Estudios lambda. Teoría y práctica de la didáctica en lengua y literatura* tienen fines comerciales de naturaleza alguna.

Los contenidos de este artículo están bajo una licencia de Creative Commons Atribución No Comercial- Sin Derivadas 4.0 Internacional 

Estudiar literatura en tiempos de odio y sobrevivir en el intento

(Studying Literature in Times of Hate and Survive in the Attempt)

MARTÍN SÁNCHEZ CAMARGO¹

RESUMEN

A partir de la pregunta ¿para qué poetas en tiempos aciagos?, M. Heidegger (1958: 147), en el ensayo “Hölderlin y la esencia de la poesía”, procura una respuesta a la función de la poesía en los tiempos difíciles que le tocó vivir. De manera ampliada, a partir del concepto de “crisis de las humanidades”, en este escrito se despliega una reflexión en torno a la utilidad de las disciplinas humanísticas, especialmente de la literatura, que padecen un paulatino descrédito social como formas de saber frente a la glorificación de la tecnología y la ciencia, lo mismo que ante el individualismo utilitarista que valora más la ganancia que el conocer. Ante un panorama desolador que incluye el desprecio de algunos sectores sociales a las letras y la filosofía, la creciente banalización de la teoría y los métodos de reflexión, el dislocamiento de los planes de estudio de las facultades y una pedagogía demasiado conservadora, en este trabajo se propone revitalizar el pensamiento humanista y la literatura por medio de la apertura que se base en el diálogo productivo y contextualizado con las demás disciplinas de las humanidades y las ciencias sociales, pero también con las ciencias de la naturaleza. Planteamos que se puede evitar el debilitamiento de las humanidades, y lo que le toque a la literatura, si advertimos que su sola devaluación compromete nuestro futuro como sociedad, y que para fortalecerlas deben ser puestas al día, por la vía interdisciplinar, para acompañar a los individuos en la reconfiguración de las instituciones que aseguren la vida digna de los ciudadano.

Palabras clave: humanidades, literatura, ciencia, sociedad líquida, disciplinas, interdisciplina, ciudadanía universal, nuevo humanismo.

ABSTRACT

In starting with a question What are poets good for in hateful times?, M. Heidegger (1958:147) in his essay “Hölderlin and the essence of poetry”, tries to grasp an answer for the function of poetry in the difficult times he happened to live in. In an broad way of saying, beginning with the concept “crisis in the humanities”, we set out a reflection around the usefulness of humanistic disciplines, literature in particular, which endures an increasing loss of social credit as a form of knowledge which confronts the glorification of science and technology, and, likewise, the one which in front of the utilitarian individualism gives more value to profit than to knowledge. Facing a so devastating scenario including some social sectors' contempt for letters and philosophy, the growing banalization of theory and methods of reflection, a dislocation of university curricula and a too conservative pedagogy, in this paper we propose to revitalize human thought and literature through an opening based in a productive and contextualized dialog with the other humanistic disciplines along with social sciences and even natural sciences. We propose the possibility to dodge the weakening process that humanities suffer, when we become conscious and alert of the fact that their mere devaluation compromises our future as a society, and that in order to strengthen themselves arts and humanities must catch up, via cross disciplines in order to accompany individuals in a new outline of the institutions that guaranty citizens a dignified life.

Key words: humanities, literature, science, liquid society, interdisciplines, universal citizenship, new humanism

¹ Licenciado en Lingüística y Literatura Hispánica por la BUAP. Maestro y Doctor Ciencias del Lenguaje por la misma institución. Profesor de Tiempo Completo del Departamento de Letras, Humanidades e Historia del Arte, de la Universidad de las Américas en Puebla. Profesor de lengua y literatura hispanoamericana en diversas instituciones públicas y privadas como la BUAP, la UAT, la Ibero-Puebla y la UDLAP. Líneas de investigación: teoría y crítica del discurso poético, teoría y metodología de la argumentación en textos académicos y científicos, y didáctica del español como primera lengua. Autor de materiales de creación en el género poético. martin.sanchez@udlap.mx

Y ¿para qué poetas en tiempos aciagos?
Pero, son, dices tú,
como los sacerdotes sagrados del Dios del vino
que erraban de tierra en tierra,
en la noche sagrada.

Friedrich Hölderlin

Estos versos pertenecen a la séptima estrofa de la “Elegía Pan y Vino” de Friedrich Hölderlin y son citados por Martín Heidegger en “Hölderlin y la esencia de la poesía”. En este ensayo, el filósofo alemán procura una respuesta a la pregunta *¿para qué poetas en tiempos aciagos?*:

El tiempo es de indigencia y por eso muy rico su poeta, tan rico que, con frecuencia, al pensar el pasado y esperar lo venidero, se entumece y sólo podría dormir en este aparente vacío. Pero se mantiene en pie, en la nada de esta noche. *Cuando el poeta queda consigo mismo en la suprema soledad de su destino, entonces elabora la verdad como representante verdadero de su pueblo* (1958:147, La cursiva es nuestra).

“Ésta es la función del poeta, sobre todo en épocas de penuria”, señala Heidegger en otra parte de su ensayo. Y quienes amamos la poesía podríamos estar completamente de acuerdo con el filósofo alemán porque la esencia de este género literario, como sentencia él, es “histórica en grado supremo” (:147). No obstante, necesitaríamos preguntarnos también si decir que “cuando el poeta queda consigo mismo en la suprema soledad de su destino, entonces elabora la verdad como representante verdadero de su pueblo”, es suficiente en el complejo contexto social e histórico en el que nos ha tocado vivir.

Además, tendríamos que cuestionarnos sobre cuál es la función de otros géneros literarios como la novela, el teatro, el cuento, el ensayo... “en tiempos aciagos” o, exagerando un poco, de las humanidades en general en días en los que, por todas partes, vemos expresiones de odio y violencia nacidos de la incomprensión social y política entre grupos antagónicos, y la disolución galopante del diálogo entre géneros, razas, culturas, tradiciones y grupos sociales... muy a pesar del *boom* tecnológico y de la globalización de las redes sociales que, paradójicamente, deberían mejorar la comunicación humana, pero contrariamente han acentuado nuestra soledad y nos hacen vulnerables en el mundo global.

Ante esto, se asoman preguntas aladañas sobre la función de la literatura. Es decir, la pregunta inicial cambiaría de la siguiente forma: ¿para qué la literatura “en tiempos aciagos”, en una época de violencia y odio multiformes? Si lo expresamos románticamente, diríamos: porque refleja el “alma humana”; pero aún más, porque permite mostrar la profundidad de la crisis del “alma humana” en la noche de la civilización en la que «el sueño de la razón produce monstruos», como ilustró Francisco de Goya.

No obstante, esta función, atribuible a la literatura, de reflejar o mostrar tal crisis, no es suficiente. Se requiere de la participación de otras disciplinas o ciencias para analizar y demostrar la complejidad de esta crisis de la civilización, y señalar vías posibles de contención o solución de una catástrofe de dimensiones apenas imaginables. Una crisis apenas avistada por la ciencia ficción o por los científicos y futurólogos a los que escasamente se les toma en serio cuando nos advierten de una crisis ecológica global, o de conflictos político militares que reavivan la amenaza nuclear, o del control de las escasas reservas de petróleo y de agua del mundo, o de la hegemonía de las economías más poderosas sobre los procesos de producción y consumo de bienes básicos como alimentos y medicinas. Estos son los verdaderos monstruos que azuelan ya a la humanidad, y que hacen ver el “apocalipsis zombi” como un desfile carnavalesco de muertos vivientes bastante ingenuos.

Podría parecer ésta una perspectiva demasiado pesimista, pero como se suele decir: los pesimistas son los optimistas, pero bien informados. Alguien quizá más pesimista que yo, en abril del año anterior, publicó un artículo que, a los ojos de muchos, podría sonar igualmente apocalíptico: “El fin de las humanidades”. Jordi Llovet, catedrático de literatura comparada en la Universidad de Barcelona, en esta colaboración en *El país*, parte de la siguiente pregunta: ¿para qué sirven las disciplinas humanísticas? Su respuesta es que “la santificación de la tecnología y el utilitarismo han sumido en el descrédito al saber relacionado con las letras y la filosofía. Hay que convertir el pensamiento y la literatura en grandes aliados del progreso”. De otro modo, advierte el autor, “el menosprecio a la filología, la historia, las artes y el pensamiento comprometen nuestro futuro” (24 de abril de 2016: Ideas, 2-3).

Coincidimos con Jordi Llovet en que la crisis por la atraviesan las carreras humanísticas del mundo, y por supuesto de México, comenzó con el afianzamiento de los procesos productivos que debían satisfacer los requerimientos materiales de masas crecientes de consumidores y de generación y acumulación de riqueza en niveles demenciales. El amor

desinteresado por el saber que nos enseñaron los griegos, el desapego a lo material que aprendimos del medioevo, la curiosidad intelectual que enalteció el Renacimiento, el cultivo de la inteligencia sobria del iluminismo, la disciplina del pensamiento que caracterizó el estudio del hombre y la naturaleza en el siglo XIX; toda esta herencia entraría en conflicto, especialmente en el siglo XX, con una visión que alaba el trabajo que genera riqueza y permite acumular cuantiosos capitales sin límites materiales ni morales. En este contexto, los estudiosos de las artes, de la filosofía y la literatura (y de otras disciplinas humanísticas emergentes) tomaron nota de las amenazas a sus tareas reflexivas, y hoy tienen claro que hay una tendencia deslegitimadora del quehacer humanístico que se escuda en la alabanza a la ciencia y la tecnología, y una idea amañada del progreso y el bienestar.

Las sospechas que expresaron los pensadores del siglo XIX y el XX respecto a los modos abusivos de alcanzar éxito y poder a cualquier precio, en menoscabo del cultivo de la sabiduría y de las acciones éticas, son cada vez más patentes. El auge de esta visión materialista de la vida explica el descrédito actual de las humanidades, fortalecido por el advenimiento de las nuevas tecnologías y la misma Internet. Bajo esta mirada, vivimos ya una era de debilitamiento del Ser, instancia que se nutría de sentido por la enseñanza de los valores transmitidos por la historia, la filosofía (la ética y la estética), la literatura y la religión.

Actualmente, el llamado mercado laboral es un espacio social que llenan quienes cubren los estándares ofrecidos por las profesiones que aseguran la productividad económica; en general, este mercado margina a los profesionales de los saberes humanísticos porque no ha aprendido a integrarlos y aprovechar su capacidad de reflexión y creatividad. El descrédito de las humanidades, la última área de opción para los postulantes de ingreso a la universidad, se explica todavía más por la pérdida de los referentes trascendentales de las religiones que sustentaban los ritos y los cultos de las sociedades que se erigieron con sus grandes relatos teológicos; los estilos culturales frívolos, impuestos desde las pantallas de los medios masivos e Internet, han eclipsado el apetito por la experiencia literaria y estética; el uso abusivo de los teléfonos celulares y las computadoras desorientan la inteligencia de los usuarios (especialmente los más jóvenes) y les minan la capacidad de reflexión ante millones de datos y de la comunicación cara a cara, o los despojan de su privacidad y hasta de su identidad.

Este es el contexto de la difícil situación que priva en las humanidades y, en un ámbito más amplio, en la educación, ya que deja sin brújula a los educadores en un “mundo líquido en

el que todo fluye despojando a los individuos de certezas, condenándolos a la precariedad y a la incertidumbre constantes. La sociedad líquida hace vulnerables a las nuevas generaciones que, careciendo de certidumbre, tienden a marginarse voluntariamente de los procesos sociales y a no comprometerse políticamente con nada porque conciben violento y peligroso el entorno (véase Bauman, 2013a).

Muchos jóvenes evaden la realidad por medio de los mundos virtuales de los juegos *on line*, o de las relaciones artificiales de amistad, amor o sexo vía internet; otros muchachos hacen mezclas peligrosas de drogas, alcohol, bulimia, anorexia y depresión; otros más se convierten en reproductores de la violencia que condensa prostitución, crimen, robo, secuestro... En países como el nuestro, la sociedad y las élites del poder político y económico le exigen a la educación y a los educadores soluciones urgentes y les reprochan “no educar en valores” a las nuevas generaciones; pero ¿cómo hacerlo si precisamente lo que se les ha arrebatado a éstos es su importancia social y su peso moral?

Pero hay más, la devaluación de la lectura como uno de los mejores ejercicios de la mente para construir el intelecto individual y el aprendizaje social, provoca la pérdida de la capacidad de análisis, de interpretación y de crítica, y genera sujetos dóciles que carecen de la capacidad para tomar posturas responsables y articular argumentaciones razonadas. Y no se diga del déficit de la aptitud de la escritura, que más allá de la aplicación de reglas gramaticales, es el medio a través del cual el individuo organiza un pensamiento estructurado y coherente, y puede legitimar su conocimiento si es aceptado socialmente según las convenciones establecidas para comunicar el saber.

La lectura y la escritura, e incluso la comunicación oral y la capacidad de escuchar, juntas, constituyen entonces una compleja red de habilidades comunicativas que dan cuenta de una “mente bien ordenada” (Morín, 2000), disciplinada en la reflexión y en la crítica. Son los medios de consumo y producción de pensamiento de calidad que, en países como el nuestro, no alcanzan los niveles deseables porque la lectura es cosa de individuos ociosos y la escritura se deja a quienes conversan con las musas. Estas carencias son las que nos hacen un país de analfabetas, o peor aún, de analfabetas funcionales; muchos de los cuales pasaron por la universidad y cuentan con un título profesional, pero no pueden expresar una opinión sin descalificar o insultar al oponente (tal como ocurre en las secciones de comentarios de los lectores en la ediciones electrónicas de muchos periódicos).

Desde nuestro punto de vista, el saber humanístico debe reproducirse y divulgarse, aunque el mercado no le asigne un valor más que ornamental, de ser posible, en todos los niveles educativos si queremos evitar sociedades aletargadas y ajenas a la “comedia humana” que se asoma cotidianamente, con toda su crueldad y violencia, en los noticieros y los periódicos de la “sociedad de la información”. Particularmente, en la universidad en la que nos toca enseñar y aprender hoy, si los planes y programas de estudio han adoptado una forma tosca y mal digerida de las competencias, las cuales se fomentan como formas de aprender a hacer cosas útiles para la supervivencia competitiva, pero con una escasa dosis de cuestionamiento crítico que ayude a saber las causas y las consecuencias de nuestras acciones en el entorno social y natural.

En este desconcierto entre pensar, saber y actuar, los planes de estudio de nuestras facultades de letras van de mal a peor cuando en vez de continuar la tradición de las teorías y los métodos de análisis y de crítica, echan mano de las tendencias que basan su interpretación en criterios extraliterarios, con el riesgo de banalizarla en discusiones (ideológicas, de género o de raza) que no necesariamente enriquecen la experiencia literaria. Para nosotros, además de revalorar la gran tradición clásica de la poética y la retórica que se despliega desde el mundo grecolatino hasta la actualidad, es necesario estudiar con seriedad y profundidad el desarrollo, de los siglos recientes a éste, de las teorías que consiguieron rigor y objetividad en la crítica, hasta llegar a las teorías postmarxistas de la literatura, las teorías de la recepción, el postestructuralismo y los estudios culturales.

Además, es necesario que docentes y estudiantes abandonemos la preminencia del enciclopedismo que, con el respaldo de Google y hasta de Wikipedia, queda rebasado, pues la computadora y el internet resulta que también son extraordinarias herramientas de la memoria que pueden facilitarnos el ejercicio del análisis, la interpretación y la crítica de los textos de la gran biblioteca del mundo. Si en vez de retahílas de datos que aparecen en historias o enciclopedias físicas o virtuales de la literatura, nos ocupáramos en nuestras clases de leer y discutir con profundidad las obras fundamentales, la experiencia literaria de nuestros alumnos (y la nuestra) sería más auténtica y más convincente a la vez.

También deberíamos despojarnos de la idea falsa de que el discurso literario es la más elevada expresión del lenguaje, y detenernos a pensar que en realidad es uno de los usos del lenguaje que nos permiten la expresión de conocimientos y experiencias tan valiosos como los de la ciencia, la filosofía, el derecho, la religión, la política o la publicidad...; en todo caso, lo que

debemos hacer es indagar cómo funcionan y cómo se influyen mutuamente en una red global de interdiscursividad, dando lugar a nuevos géneros y discursos. Además de renovar la fundamentación lingüística de nuestros cursos, la teoría y el análisis del discurso nos daría herramientas para estudiar el diálogo cada vez más intenso entre la literatura y otras expresiones artísticas como la pintura, la fotografía o el cine, hasta llegar al abordaje de los fenómenos de la multimodalidad y la hipertextualidad en la cultura mediática y en la red.

Para volver a nuestra pregunta inicial: ¿para qué la literatura “en tiempos aciagos”, en una época de violencia y odio multiformes? Diríamos que para beneficiarnos indirectamente del conocimiento y la experiencia de la vida de otros que pertenecen al pasado y al presente; para conocer otras formas de vida y confrontar nuestras creencias con otras de generaciones anteriores y actuales, que nos hagan más tolerantes al tratar de comprenderlas; para desarrollar empatía hacia personas diferentes de nosotros y abrir nuestras mentes a lo que les causa dicha y sufrimiento; para aceptar nuestra frágil condición humana y soledad existencial, y reconocernos con humildad en los otros; para dejar de ver en los demás simples estadísticas y darles generosamente un lugar en nuestras vidas; para aprender a mirar en lo común lo asombroso de la convivencia humana y de la naturaleza; para entender por qué las visiones pasadas siguen repercutiendo en la sociedad actual; para tener más claridad sobre la evolución de las ideas y las ideologías que determinaron los movimientos culturales y sociales de nuestro país y del mundo; para aprender a ser críticos y creativos en el diálogo cotidiano con los demás; para entender los aspectos emocionales y cognitivos del lenguaje que permiten la interacción humana; para aprender a establecer relaciones contextuales con la historia, la filosofía, la ciencia, la cultura en general.

Para éstas y muchas otras cosas más estudiamos literatura, pero añadimos a nuestro posicionamiento estas palabras de Martha C. Nussbaum, en relación a que la literatura es un medio por el que podemos fomentar la ciudadanía universal:

La educación superior debería desarrollar en el estudiante la conciencia de la importancia de la literatura en muchas formas. Pero como la literatura desempeña un papel vital en la educación orientada a formar ciudadanos del mundo, tiene sentido preguntar de qué manera puede cumplir con esta función, y de la mejor forma posible; qué tipos de obras literarias y qué formas de enseñarlas deberían fomentar nuestras instituciones académicas para promover una visión informada y receptiva del otro, de quien es diferente a uno.

Cuando formulamos esta pregunta, descubrimos que las metas de la ciudadanía universal se difunden mejor por medio de una educación literaria que agrega nuevas obras al muy conocido “canon” de la literatura occidental, y que trata de los textos corrientes dentro de un espíritu deliberante y crítico (2005: 121).

Para promover la “ciudadanía universal” hace falta también promover una ciencia social humanista que oriente la acción social. En este sentido, Noam Chomsky, en su libro *Razones para la anarquía*, en el capítulo final titulado “Lenguaje y libertad”, advierte críticamente lo poco que hemos avanzado en nuestro conocimiento del hombre y de la sociedad, incluso señala que no contamos con formulaciones claras sobre los problemas afines que deberíamos estudiar formalmente. No obstante, deja entrever que tenemos puntos de apoyo bastante sólidos de los cuales podemos partir; desde su punto de vista, el estudio del lenguaje, incluyendo la literatura como una forma de éste, podría sentar las bases para edificar *una ciencia social humanista que oriente la acción social* (2013: 255). El lingüista considera que desde hace ya varias décadas aguardamos el establecimiento de una teoría consolidada del hombre y de la sociedad, para que la reflexión y la acción progresen tanto como sea posible y guíen la búsqueda de la libertad y la justicia social.

Esta es, para nosotros, justamente una de las funciones sociales de un humanista: alimentar la esperanza por alcanzar una sociedad libre y justa. El nuevo humanismo que vinculará la literatura con la teoría del lenguaje y la psicología está por venir; ya está haciendo que la filosofía, la biología, la informática y la ecología dialoguen para mostrar los nuevos desafíos de la conservación del medio ambiente global; ya nos está mostrando los problemas éticos que traerá la robótica, la nanotecnología y la mecatrónica en la vida cotidiana, en la medicina y en la industria. Los nuevos literatos deberán estar atentos a esos diálogos multidisciplinares, e identificar cómo se reflejan en la vida diaria para dar cuenta de ello en lo que ya se deja llamar postpoesía, tecnopoética, multimodalidad, hipertextualidad, tecnologías de la información, redes sociales...

Estudiar literatura en los tiempos de odio que hemos descrito, y sobrevivir en el intento, implica ser conscientes del enorme potencial de esta disciplina para impulsar la acción social. Contrariamente a lo que piensan muchos, en contraste con carreras administrativas o jurídicas, ésta es una de las carreras que bien orientada aún garantiza un empleo más o menos bien remunerado, específicamente en la docencia, donde podemos incidir animando la reflexión y la crítica en las aulas de los distintos niveles de la educación pública o privada. Pero también en

actividades emergentes como el periodismo independiente o digital, la promotoría cultural comunitaria, la reactivación de los sistemas de bibliotecas, el fomento de la lectura, la labor editorial impresa y electrónica, la comunicación institucional y empresarial, la consultoría pedagógica, el guionismo en animación digital, la comunicación social y política, la intervención en la resolución de conflictos públicos, la producción de materiales didácticos... entre otras. Al final, todo esto será posible si, quienes enseñamos literatura, abandonamos el aislamiento de nuestros cubículos y nuestras aulas, para establecer diálogos constructivos con otras áreas, aún las más alejadas del espectro académico; tenemos que aprender a explotar la interdisciplinariedad y, más allá, la transdisciplinariedad, para dejar de ser una de las áreas de conocimiento más endogámica y conservadora del espectro de las humanidades.

REFERENCIAS

- Bauman, Zygmunt. *Vida líquida*. México: Paidós. 2013a
- Bauman, Zygmunt. *Sobre la educación en un mundo líquido*. Barcelona: Paidós. 2013b
- Brockman, John (edit.) *El nuevo Humanismo y las fronteras de la ciencia*. Barcelona: Kairós. 2007
- Chomsky, Noam. *Razones para la anarquía*. Barcelona: Malpaso. 2013
- Heidegger, Martin. *Arte y poesía*. México: FCE.1958
- Lano, Alejandro (edit.) *El arte más allá de sí mismo*. Madrid: Biblioteca nueva. 2015
- Llovet, Jordi. El fin de las humanidades. En *El país*, 24 de abril de 2016, XLI, Número 14173, España: edición América.
- Nussbaum, Martha *El cultivo de la humanidad*. Barcelona: Paidós. 2005
- Montaigne, Michel de *Ensayos*. México: REI. 1993
- Morin, Edgar. *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. México: Correo de la UNESCO.2001
- Morin, Edgar. *La mente bien ordenada*. Barcelona: Seix Barral. 2006)
- Morin, Edgar. *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa. 2007
- Savater, Fernando. *El valor de educar*. México: Paidós. 2010
- Serres, Michel. *Pulgarcita*. Buenos Aires: FCE. 2013
- Kraye, Jill (edit.) *Introducción al humanismo renacentista*. España: Cambridge. 1998